

# "LA ROSA INALCANZABLE"

de Vicente Battista



LAUTARO ADMIRA A BATMAN. Francisco se declara fanático de linterna Verde. Matías prefiere al Hombre Araña. Esta disparidad de criterios no les impide seguir con fervor las aventuras de cada uno de esos héroes. Leen las revistas que dan cuenta de sus hazañas, siguen las series de televisión y no se pierden una sola película que los tenga por protagonistas. Saben de qué modo Batman enfrenta al Pingüino o al Guasón, conocen qué trucos emplea linterna Verde para detener el avance de Siniestro o cómo el Hombre Araña neutraliza al Doctor Octopus. Leen, miran y oyen, pero deben limitarse a su condición de espectadores: no pueden volar de techo en techo, trepar por las paredes o moverse a través de la cuarta dimensión. Para lograr eso cuentan

con la Realidad Virtual.

Un traje, un casco y un guante bastan para convertirse en héroe. Con traje, casco y guante, Lautaro está listo para enfrentar a las medusas verdes. No es fácil describirlas. Se trata de moles gigantescas que dan pavor con solo mirarlas. No poseen una forma definida, tienen escamas por todo el cuerpo y son gelatinosas y malolientes, como las medusas. Sin embargo, lo que más aterriza son sus ojos y sus bocas. Poseen un número incierto de ojos y un número incierto de bocas. Tanto de los ojos como de las bocas despiden fuego, llamaradas de fuego que destruyen de inmediato todo aquello que tocan. Lautaro sabe que el combate no admite concesiones y bajo esa consigna se dispone a destruir a esos bichos monstruosos. Un coro de truenos y relámpagos le dan música de fondo a las batallas. Francisco es algo más realista. En lugar de elegir un tiempo histórico desconocido y un sitio geográfico igualmente desconocido, prefiere situarse en un año específico, 1920, y en un escenario específico: ciertas calles tenebrosas de Chicago. En esas calles enfrenta sin descanso a una despiadada pandilla de mafiosos. Se trata de asesinos impiadosos, habituados a terminar con quien se cruce en su camino. Francisco cuenta con armas mortíferas, ametralladoras y bazucas desconocidas en aquellos años 20. Las ametralladoras disparan un número infinito de proyectiles por segundo y las bazucas pueden destruir una casa de un solo disparo. Aún así, no es fácil vencer a esos gánsters: tienen la particularidad de reproducirse sin descanso: por cada uno que muere, nacen dos. El espacio infinito e inexplorado es el radio de acción que elige Matías para vivir su propia aventura. La historia sucede en un lejano futuro, oscuro y tenebroso. Matías es el capitán de una nave interestelar que navega a la búsqueda de nuevos planetas. Esos remotos cuerpos celestes invariablemente están habitados por criaturas espeluznantes que ignoran la piedad. Descender en cualquiera de esos planetas es enfrentarse con la muerte. En todos se topa con un señor feudal cósmico, de rostro variable y cuerpo luminiscente. En la mano derecha esgrime una espada capaz de producir rayos y tormentas, con la mano izquierda sostiene la cabeza que acaba de cortar. Ese personaje sanguinario a veces se hace llamar Xor, otras Tor y otras Zor. Cualquiera sea su nombre, siempre lo protege un ejército de mutantes que marcha al estridente ritmo de bombos y timbales. Los espacios virtuales nunca se mezclan. Es imposible encontrar a las medusas de Lautaro deambulando por las calles de Chicago. Los gánsters de Francisco jamás se juntan con los soldados del príncipe Xor. Lautaro, Matías y Francisco pueden navegar por el espacio infinito que cada uno ha creado, pero tienen vedado ingresar en los mundos vecinos.





La Realidad Virtual no admite una Liga de Superhéroes. Cada vez que Lautaro, Francisco y Matías regresan a la realidad real cuentan de qué modo combatieron en los mundos imaginarios. Se vanaglorian por los triunfos y se inclinan ante las derrotas. Todas las historias son de sangre, destrucción y muerte. Tomás aparece una tarde de septiembre. Es hincha de Independiente, como Matías, y, aunque no se dice fanático de ningún superhéroe, conoce las hazañas de Linterna Verde, de Batman y del Hombre Araña, incluso las de Ironman y Superman. Su equipo de Realidad Virtual, dice, es capaz de realizar cosas de no creer. Lautaro, Francisco y Matías lo miran con desconfianza. Se preguntan si este nuevo amigo no será algo fanfarrón.

Tomás promete volver mañana, con su equipo. Matías es el primero en llegar. Casi de inmediato aparecen Lautaro y Francisco. Luego de quince minutos de espera, los tres amigos piensan que Tomás no vendrá. Están por colocarse los cascos, cuando lo ven venir a paso tranquilo. Trae el equipo. No parece muy distinto al que ellos tienen. Hay un saludo y algunas bromas, hasta que por fin Tomás coloca el casco en su cabeza y el guante en el brazo derecho. Dice "allá voy" o cosa parecida y aprieta el botón. Lautaro, Francisco y Matías se preguntan contra quiénes peleará. Lautaro arriesga que tal vez está enfrentando a dragones dispuestos a devorar todo lo que encuentren a su paso. Matías, en cambio, supone que viaja a la prehistoria, por lo que cambia dragones por dinosaurios, tan o más feroces que los dragones. Francisco desecha dragones y dinosaurios y arriesga que Tomás está en un enorme circo de la Roma Imperial, resistiendo la embestida de leones hambrientos y de gladiadores atroces. Los tres amigos dejan de arriesgar supuestos, porque antes de lo previsto, Tomás se quita el casco. Los mira, pero no dice una sola palabra. Es un silencio comprensible: no está acostumbrado a narrar sus aventuras. Francisco decide que hay que motivarlo y se larga a contar de qué modo, hace apenas un ratito, aniquiló a la banda de Dillinger. Tomás lo escucha y sonríe. Ahora es Lautaro quien cuenta. Habla de las medusas verdes, de cómo lo arrinconaron, de cómo esquivó el fuego mortal y de cómo logró destruirlas. Tomás lo escucha y sonríe.

Es el turno de Matías. Describe al príncipe Xor o Tor o Zor, nunca se sabe con certeza bajo qué forma aparecerá. —No es fácil derrotarlo —dice—, cuenta con un sanguinario ejército de mutantes. Basta un solo gesto del príncipe para que se transformen en una terrible máquina de matar. Tomás lo escucha y sonríe. Lautaro no entiende ni ese silencio ni esa sonrisa. —¿Contra quién peleaste? —pregunta. —Contra nadie —dice Tomás—. —¿Contra nadie! —repite Lautaro—. Eso no hay quien te lo crea. —Contra nadie —insiste Tomás—. —¿Qué hacés? —pregunta Francisco— ¿Qué hacés cuando entrás con traje, casco y guante? Tomás lo mira, sin dejar de sonreír. —Construyo una flor —dice—. Estoy construyendo una rosa. Francisco pregunta si se trata de una rosa cargada de veneno, que invariablemente mata a quien se acerque a olerla. Matías quiere saber si es una rosa carnívora, capaz de devorar al que la toca. Lautaro lo corrige, dice que seguramente es una rosa bruja, con atributos infernales que espantan de solo nombrarlos. Tomás afirma que nada de eso. La rosa que él está construyendo es una rosa común y silvestre, idéntica a la de cualquier jardín y cualquier tarde. ¿Una rosa común? ¿Qué está pasando con Tomás? Francisco levanta un dedo acusador, pero Matías lo detiene de inmediato. —Cada cual es dueño de elegir su propia aventura —dice, conciliador. Lautaro, Francisco y Matías deciden continuar con el relato de sus propias aventuras. Están convencidos de que Tomás finalmente cambiará esa inmutable sonrisa por el gesto fiero y adusto que debe lucir todo guerrero.







Hay días en que Lautaro explica de qué modo y con qué métodos su ejército de diez mil valientes derrotó a las esquivas medusas y hay días en que ese valeroso ejército termina destrozado sin remedio. Hay días en que Francisco, sin disimular su disgusto, confiesa que los hombres de Dillinger lo han acribillado en una esquina solitaria y hay días en que, sin disimular su goce, Francisco cuenta de qué modo acabó con cada uno de los gángsters que se cruzaron en su camino. En estos casos, no escatima detalles: habla de un torbellino de sangre y de vísceras rodando por las calles empedradas. Hay días en que Matías cuenta entusiasmado cómo el príncipe Xor o Tor o Zor, no recuerda bien, cayó vencido. Dice que al príncipe y al resto de la familia real les reservó una muerte lenta y dolorosa.

Tomás los mira en silencio, se limita a escuchar. A veces sus amigos, con la esperanza de que por fin hable de sus monstruos, le preguntan cómo le fue en el mundo virtual. Invariablemente, Tomás dice: —Sigo con la rosa. Lo dice sin perder la sonrisa. Así pasan las semanas. Mientras Lautaro esquiva el mortífero fuego de las medusas verdes y Francisco acorrala a Dillinger y Matías libera naves de las garras de Xor, Tor o Zor. Tomás simplemente continúa con su rosa. —Quince medusas destrozadas —informa Lautaro. —Terminé con el cáliz —dice Tomás. Lo dice sin perder la sonrisa. —Se enfrentaron dos bandas —cuenta Francisco—. Ochenta víctimas, todos muertos, no quedaron heridos. —Comencé con los pétalos —dice Tomás. Lo dice sin perder la sonrisa. —Veinte naves perdidas, con su correspondiente tripulación —anuncia Matías. —Terminé con la corola —dice Tomás. Lo dice sin perder la sonrisa. Una tarde, antes de que sus amigos se coloquen los cascos, Tomás anuncia: —Construí la rosa. Lautaro, Francisco y Matías lo miran con un gesto que puede ser de burla o de piedad. Se ponen los trajes, calzan los guantes en sus manos y los cascos en sus cabezas. Están listos para emprender una nueva batalla. Ni bien Lautaro acciona el botón de mando aparecen las medusas verdes. Avanzan lentamente, con sus muchas bocas y sus muchos ojos enrojecidos. En cualquier momento, de ahí mismo saldrán las llamas destructoras y los gritos de dolor. Lautaro está listo para recibir llamas y gritos. Apronta sus armas de destrucción y muerte y de pronto advierte que en lugar de oír los atormentados ay ay ay de los moribundos, escucha los acordes iniciales del “Himno a la Alegría”. De esos muchos ojos y de esas muchas bocas en vez de brotar llamas brotan rosas, cientos de rosas rojas que bailan entusiastas. Lautaro no puede creer lo que ve, pero sonrío. Una sonrisa idéntica a la de Tomás. En ese mismo momento, Francisco se dispone a enfrentar a Dillinger y al propio Al Capone. Sabe que va a ser una lucha sin cuartel ni esperanza, matar o morir. Ahora vendrán los dos gángsters sanguinarios. Francisco los espera atento a cada gesto. Se prepara a oír el ensordecedor sonido de las balas que muy pronto trastornarán el ambiente. Sin embargo, en lugar de oír el demoledor rratrá rratrá rratrá de las ametralladoras, escucha las primeras armonías de la “Sinfonía de los juguetes”. Al compás de matracas y relojes cucu, Dillinger y Capone se acercan con ramos de rosas rojas en sus manos. Francisco no puede creer lo que ve, pero sonrío. Una sonrisa idéntica a la de Tomás. Matías, en tanto, se ubica a un costado del sendero. Sabe que por ahí vendrá el fatídico príncipe Xor o Tor o Zor. Cuenta con buenas armas para destruir al príncipe y a su ejército de mutantes, sólo resta esperar. El sonido de miles de botas golpeando sobre el camino de tierra le anunciará la llegada. Eso será el prelude de la batalla. Pero en lugar de oír el inquietante pacatá pacatá pacatá de las botas, escucha los acordes de “Pedro y el Lobo” y ve llegar al príncipe Xor o Zor o Tor. En su mano derecha, una gran rosa roja reemplaza a la espada productora de rayos y tormentas. Su mano izquierda sostiene una rosa blanca. El ejército de mutantes que lo sigue ha mutado en miles de rosas de distintos colores. Matías no puede creer lo que ve, pero sonrío. Una sonrisa idéntica a la de Tomás. Casi al mismo tiempo, Lautaro, Francisco y Matías apagan los comandos y se quitan los cascos. Ahí está Tomás, esperándolos. —¿Les gustó? —pregunta. Los tres amigos se miran y casi a coro contestan. —Nos gustó. Estuvo rebueno. —Nos hackeaste —dice Lautaro. —¿Cómo hiciste? —pregunta Francisco. —Decinos cómo se hace —pide Matías. —Hacer una pequeña flor es un trabajo de siglos —dice Tomás. Lo dice sin perder la sonrisa.



FIN

